

# EROTISMO Y COSTUMBRISMO EN EL QUIJOTE

Sevilla, 25 de Octubre, 2005

Buenas tardes.

La Asociación Colegial de Escritores de España ha creído llegado el momento de que los escritores aporten su voz a este año cervantino, en el que se conmemora el Cuarto Centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*. A lo largo del año se han oído voces de lingüistas, filólogos, académicos, críticos y catedráticos, voces graves de estudiosos y otras más variadas de instituciones de todo tipo. Pero tal vez faltaba la de los colegas de Cervantes, la voz de los autores que nos consideramos humildes discípulos o modestos aprendices de quien, como don Miguel, fue genio creador de una arquitectura narrativa sin la que, a duras penas, podríamos hoy comprender a Dostoievski o a Kafka, a una buena parte de la literatura inglesa o lo sublime de la obra de tantos y tantos novelistas. Estas jornadas, si me lo permiten, tratan de aportar a la conmemoración una voz reflexiva, divulgativa y agradecida. Las palabras, en fin, de quienes, en la herencia de la más hermosa de las artes, nos sabemos contrayentes de una deuda que no es sólo de honor, sino sobre todo de gratitud.

Con esa intención comparecemos ante ustedes. Y permítanme empezar por decir que otro genio de la literatura, Dante Aligheri, describió en las primeras páginas de *La Divina Comedia* a una pantera, la metafórica representación del mismísimo diablo. En efecto: se trataba de una gran pantera negra que poseía la peculiaridad de que, cuanto más comía, más era el hambre que sentía. Una imagen mefistofélica que, a saber por qué, se me ha cruzado por la imaginación cuando empezaba a elaborar estas cuartillas. Y es que, sin las connotaciones diabólicas de la felina figura literaria, naturalmente, tengo la sensación de que *El Quijote* es como esa pantera dantesca: un

libro que cuanto más se lee, cuanto más se devora, mayor es el hambre que se tiene de él.

O si no, ¿cómo explicar que durante cuatro siglos se hayan forjado bibliotecas enteras en torno a esa novela magistral; cómo comprender que desde el momento de su publicación tuviese una aceptación popular inusual para la época; cómo entender que sus traducciones, incluso al chino, daten del mismo siglo XVII, o que verdaderos genios, como Freud, decidiesen aprender el castellano sólo para poder deleitarse con la lectura de *El Quijote*? El anecdotario en torno a la novela de Cervantes es interminable, sin duda, si bien a mí, y disculpen la maldad, me gusta extraer de ese rosario de cuentas de diamante y oro la excentricidad del único abalorio de plomo que recuerdo de esa religiosa ringlera: la perpleja contemplación del excéntrico Borges a quien, con el descaro que le caracterizaba, oí decir en la televisión que él sólo leía *El Quijote* en inglés, porque prefería la traducción anglosajona al original en español. Cosas veredes.

Pero volviendo a Dante y a su pantera, lo que pretendía expresar al usar tal paralelismo es que esta “novela de novelas” atrae más cuanto más se la conoce y disfruta. La insaciabilidad de su lectura ha logrado que los escritores no podamos eludir el reconocimiento a su omnipresencia, tan generadora de ideas como abarcadora de géneros, tan simple y tan compleja a la vez, tan motivadora como, en ocasiones, escarpada. Pero a ello volveré un poco después.

Lo cierto es que este año estamos abrazados a un acontecimiento que está levantando un grato vendaval literario, una catarata de actividades, conmemoraciones y actos de todo tipo que se erigen en un homenaje literario sin precedentes que, a mi juicio, tiene muchos aspectos positivos:

- a) El primero, extender la idea de que la Literatura es un arte esencial para el crecimiento intelectual y espiritual de los pueblos.

- b) El segundo, y no menos importante, establecer una especie de tejido de complicidad en torno a la creación cultural española, una creación variadísima que vertebra una identidad y, con ello, una idea de nación, o de pueblo, o de patria cultural, no vayamos a discutir por ello. Una creación, en fin, que aúna desde lo latino a lo árabe y desde lo celta a lo íbero; desde Séneca a la Córdoba de los poetas, desde la literatura en castellano a la creación en lengua provenzal, sea catalán, valenciano o como deseen denominarlo. Una cultura literaria, en fin, expresada en formas diversas que nos permite comunicarnos y aprender.
- c) Esta sucesión de actos conmemorativos tiene también un aspecto destacable porque nos permite mostrar firmeza en la apuesta por un código de signos, nuestro idioma, que muta y se rejuvenece, que está vivo y que constituye un patrimonio cada día más importante, no sólo porque nos expresemos en él sino porque cada vez son más quienes nos comprenden cuando lo utilizamos.
- d) Y, asimismo, por último, también es importante esta celebración porque nos cabe la satisfacción de sabernos justos y agradecidos, de formar parte de una ciudadanía madura que no escatima reconocimientos a quienes, como Cervantes, pusieron su esfuerzo y genialidad al servicio de sus contemporáneos y de cuantos les heredamos.

Dicho lo anterior, aun así no considero que el optimismo sea ave que vaya a depositar su nidada entre nosotros: por desgracia, no es de esperar que esta magna celebración nacional e internacional que dura ya un año vaya a cambiar los hábitos de los españoles, concretamente sus hábitos de lectura, que como se sabe no son en ningún caso envidiables. Pero, para quienes creemos en la Literatura (con mayúscula), es una buena noticia observar que *El Quijote* se encuentra desde hace algunos meses en las listas de libros más

vendidos de España y de otros muchos países hispanohablantes, resignados como estábamos a encontrarnos en ellas tan solo el fruto de los departamentos de marketing de las editoriales: libros de escasa calidad literaria, novelas sin fundamento ni trascendencia y obras de mera oportunidad comercial.

Y ahora, aunque sólo sea por un instante, expresémonos con franqueza: lo políticamente correcto es afirmar, sin ruborizarse, que todos hemos leído *El Quijote*. Decir lo contrario nos situaría en una posición de inferioridad, cuando no de conmiseración, frente a nuestro interlocutor, que no piensa reconocer que él tampoco lo ha leído. Y, sin embargo, la realidad es muy distinta.

Y, ¿quieren que les diga una cosa?: A mí no me parece extraño, ni siquiera escandaloso.

En primer lugar porque no es un libro fácil, y eso que hoy llega a nuestras manos con notas a pie de página, con una sintaxis corregida y con ciertos estudios preliminares que facilitan su comprensión. Porque, como se sabe, *El Quijote* fue escrito sin puntos y aparte, ni siquiera en sus diálogos; sin apenas signos de puntuación y, como es natural, en un lenguaje clásico que nos resulta hoy ajeno y con una estructura gramatical bastante distante de la que nos servimos en nuestros días para expresarnos.

En segundo lugar, *El Quijote* no es fácil porque se trata de una obra discursiva, no de trama única, o en todo caso compuesto de mil tramas, susceptible cada una de ellas de crear una historia en sí misma; y el gusto del lector actual se inclina por la estructura clásica del planteamiento, el nudo y el desenlace.

Y en tercer lugar acepto que no es un libro sencillo porque ni los filólogos ni los críticos han terminado de ponerse de acuerdo sobre la idea exacta que intentó transmitir Cervantes a sus lectores, con interpretaciones que van desde la mera burla de los libros de caballerías (a lo que colaboró en buena medida el propio autor) hasta

poder considerarse como el más ingenioso de los divertimentos literarios, siendo así que *El Quijote* sería para algunos sólo una obra de entretenimiento, sin otro afán.

Yo, permítanmelo ustedes, tengo mi propia opinión al respecto. Y mi opinión es que *El Quijote* trata de la esencia de la naturaleza humana, de la esquizofrenia que padecemos todos los seres humanos a la hora de comprender el universo que nos rodea y de decidir quiénes somos cada unos de nosotros en realidad: si locos o cuerdos, si espirituales o materialistas, si altruistas o mezquinos, si utópicos o pragmáticos; si, en definitiva, somos Don Quijote o Sancho Panza. Y ese es, a mi juicio, su verdadero magisterio, la razón de su trascendencia, la causa de que, hasta mediados del siglo XX, haya sido la tercera obra más traducida de la historia, después de *La Biblia* y de, aunque ahora pueda parecer increíble, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Vicente Blasco Ibáñez.

*El Quijote* es, pues, un ensayo afilado y atinado sobre la naturaleza humana; un cuadro que nadie supo plasmar como Cervantes y que por ello resulta tan aceptado tanto en las culturas occidentales como en las orientales, sean cuales sean sus pautas culturales. Es así: la literatura trasciende cuando su lectura produce un sentimiento de identificación, y ese sentimiento es mayor cuanto más se ajusta a la naturaleza humana, a los temas eternos que, produzcan placer o dolor, nos definen a todos. Al menos esa es mi opinión.

Por otra parte, creo que no se exagera cuando se afirma que, para la literatura posterior, *El Quijote* es una obra esencial. Cervantes inventó la Novela o, al menos, el género novelístico tal y como lo conocemos hoy. Son esenciales el uso de la estructura capitular, numerada y titulada, una novedad que Cervantes aportó al nuevo género literario; también la utilización de la narración dialogada con un código identificador antes de cada expresión del personaje que habla. Y, por añadidura, y eso también es novedoso de *El Quijote*, la importancia de la inclusión de las sabidurías y enseñanzas populares

continuas en modo de refranes, sentencias, dichos, decires y apotegmas, una presencia sin precedentes de lo popular en un libro que, aunque su autor no lo pretendiera, era ya de por sí una obra culta.

Todos ellos son hallazgos creativos que agilizan la narración y que permiten al lector ser oyente o sujeto pasivo de una historia que alguien, desde el libro, le va contando, como sucedía con la transmisión oral de los cuentos y de las leyendas. Después de Cervantes se escriben así las novelas en todo el mundo, y así se caracteriza el género en todos los países, excepción hecha de algunas novelas extrañas que buscan un cierto experimentalismo y, cómo no, de la gran parte de la narrativa anglosajona, reticente a tomar como propios hallazgos que no sean suyos, no vaya a ser que se les enfríe el té o se les desmorone la Commonwealth.

Pero, siguiendo con la trascendencia de *El Quijote*, decía antes que este aniversario está permitiendo que llegue un ejemplar a muchas de las casas en donde no se encontraba. Si además se leyese, y se asimilaran sus enseñanzas, daríamos todos por bien empleada la celebración anual. Aunque tal vez nos conformemos, y no es poco, con que en esta sociedad, regida por el imperio de lo audiovisual, la conversión del *homo sapiens* en *homo videns*, el hábito de la lectura sea considerado como normal, es decir, “se normalice” para quienes, hasta ahora, leer era poco menos que una excentricidad.

La cuestión que me ha hecho reflexionar estos días, y con esto acabo esta introducción, es dilucidar si *El Quijote* provoca hoy otras influencias, aunque llegar a cualquier conclusión se me antoja un esfuerzo innecesario. Cuántos escritores posteriores a Cervantes lo fueron o lo son por haber leído esa novela, es imposible saberlo; cuántas novelas se han escrito con la excusa de *El Quijote*, de don Quijote o de Sancho, también es difícil decirlo; y qué influencias directas literarias puede tener la obra en las creaciones de otros autores, de nosotros, los escritores, es tan opinable que no me atrevería a expresar de qué modo y en qué proporción es o no es así.

En mi opinión, *El Quijote* fue la obra de un momento histórico determinado y fue oportuna su aparición. De hecho, creo que si se hubiese escrito hoy, o en 1605 hubiesen existido las condiciones de mercado de hoy, las empresas editoriales actuales, los gustos literarios de nuestros conciudadanos consumidores de libros y los medios de comunicación que hoy conocemos, Cervantes habría paseado su manuscrito de editorial en editorial sin que ninguna se lo hubiese publicado. No hubiese sido una excepción: tampoco conoceríamos *Rojo y Negro*, de Stendhal ni *El jugador*, de Dostoiewski. Y quién sabe si la mayor parte de la novelística de los siglos XVIII y XIX.

¿Acaso los lectores de hoy hubiesen aguardado diez años, de 1605 a 1615, para leer la segunda parte de *El Quijote*? ¿Es que nuestra sociedad, consumista y apresurada, superficial y estresada, hubiese dado tiempo a Cervantes a detenerse diez años para escribir una segunda parte? ¿Él mismo se lo hubiese permitido? Dudo mucho de que la banalidad de buena parte de la creación literaria actual, la presión del mercado, la presencia efímera de libros en las mesas de novedades y la urgencia por cuadrar la cuenta de resultados de las empresas editoriales hubiesen permitido la existencia de *El Quijote* y de la mayor parte de nuestro acervo cultural literario.

Por fortuna, el arte se abre paso por encima de nuestras pisadas. Pensándolo bien, creo que *El Quijote* hubiese sido descubierto, tarde o temprano, y rescatado del olvido. Porque es mucho más que una novela: *El Quijote* es una voz viviente, un libro que nos hace pensar, de ahí su grandeza; y Cervantes fue un ingeniero del alma.

*El Quijote* enseña, acompaña y entretiene. Creo que tenía razón Oscar Wilde cuando decía aquello de que si no se puede disfrutar leyendo un libro repetidas veces, de nada sirve leerlo una sola vez. Por eso *El Quijote*, teniéndolo a mano, se puede y se debe leer y releer sin fatiga.

Desearía expresarles algo más: a mi juicio, el patrimonio de un ser humano, pero sobre todo el de un escritor, no lo conforma los libros que ha escrito sino los que ha leído. ¿Me creerían si les digo

que, por los libros que he leído, entre ellos *El Quijote*, me considero un hombre afortunado?

Y ahora, con su venia, intentaré aproximar mis palabras al aspecto concreto de mi participación en este ciclo de conferencias. Y comenzaré por decir que, por encima de otras circunstancias, al mundo antiguo se le conoce, sobre todo, por el arte, por la cultura que nos ha sido transmitida. Las crónicas de los protagonistas no tienen siempre la objetividad exigible para dar fe de un suceso ni de una época. El poder, como se sabe, hizo de la Historia las aguas termales en las que regocijarse a su antojo y donde lavar sus conciencias, vistiéndose después con esa túnica con la que posaban para las enciclopedias.

Son la pintura, la arquitectura, la escultura y la literatura los espejos en los que, desconfiando en todo caso del azogue, se puede vislumbrar el tiempo remoto y a los seres humanos que lo habitaron. *El Quijote*, además de cuanto pueda contener de novela de aventuras, de humor, de viajes, esotérica o de lección moral, es sobre todo ello un inmenso friso costumbrista que explica una España concreta con la pulcritud de una narración desinteresada.

Si bien es cierto que, en mi modesta opinión, la más brillante definición de “lo español” se contiene en *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado (en aquella magistral escena de la inacabable llanura castellana donde se cruzan un caballero y un paisano, y tras saludarse y relatar el noble que viene de Roma, el paisano, en lugar de satisfacer su curiosidad natural preguntándole acerca de su arquitectura, sus obras pictóricas, sus hábitos culturales o siquiera su gastronomía, le espeta: ¿Y qué, hay muchas putas por allí?); pues bien, a pesar, decía, de que pocos apuntes literarios más ajustados al burdo concepto de “lo español” que habitualmente se nos achaca, la más detenida y lograda exhibición costumbrista de España se contiene en la obra de Cervantes, con su galería de personajes y su cuaderno

moral de bitácora, en donde se exponen ideas, pensamientos, reflexiones, decires y enseñanzas que dibujan un espacio temporal y una amplitud espacial que engrandecen, aun más si cabe, las cualidades y defectos de un tiempo que fue nuestro y del que no podemos escapar, porque lo llevamos impregnado con lo indeleble con que se imprime un sacramento o una inaccesible pasión de amor.

De costumbres, pues, como de conductas y pautas mundanas, voy a hablarles brevemente para concluir. De tiempos que se antojan imposibles; de nosotros mismos antes de ayer. Y, en algunos casos, de la inmoralidad de algunos de nuestros convecinos todavía hoy.

Y es que, entre las innumerables lecturas que se han hecho de *El Quijote* como novela de novelas, como compiladora de géneros y temáticas y como guardiana de características diversas y universalistas, cabe referirse también a las cuestiones sublimes y mundanas, aquellas que se refieren al Amor y al Deseo, y en términos generales al desamor, a la mujer, a los celos e incluso al pudor y a la venganza amorosa. Y, naturalmente, al matrimonio. Bien mirado, hay suficientes referencias en *El Quijote* a todos estos asuntos; y también algunas lecciones que hoy, aun quedando fuera de tiempo y de nuestra modernidad, se antojan trascendentales para conocer los usos y costumbres de aquellos tiempos.

Pongamos de relieve, por caso, el aspecto que más afecta a la mujer y al matrimonio: Cervantes, desde muy pronto, se propuso retratar a un caballero Don Quijote predispuesto a encontrar en la figura e idea de la mujer un punto de referencia irrenunciable. Escribió: *“Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.”* (Cap. I, 1ª parte). Y es a partir de entonces cuando el hidalgo recorre su peripecia vital sin descuidar en ningún momento la presencia de la mujer, efectuando un repaso

que parecía inevitable al amor en todas sus facetas, incluyendo, claro es, el desamor y la muerte. Y, en cierto momento, elaborando una exquisita definición del enamoramiento que está llena, a la par, de ingenuidad e ingenio: “...*Sucedará tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro más cosa divina que humana, y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos.*” (Cap. XXI, 1ª parte)

La idea de la mujer, en todo caso, pasa por mejores y peores momentos a lo largo de la novela, sin duda. Algunos de ellos hoy completamente anacrónicos. Por ejemplo, cuando Cervantes aborda la siempre compleja cuestión del matrimonio y la falta de capacidad que adjudica a la mujer para decidir con quién desposarse. Una postura que, a los ojos de hoy, resulta tan irrisoria como sorprendente; una reflexión sobre el matrimonio que hace Don Quijote en el capítulo XIX de la 2ª parte, y que no deja de ser, a pesar de su aberración ideológica y conceptual, una delicia literaria su lectura: “*Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, quitaríase la elección y jurisdicción a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un alborotado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy en peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del Cielo para acertarle.*”

Habida cuenta de la concepción que, en general, dominaba en la época sobre la mujer, nada puede extrañarnos. Como la recitada en la Novela del Curioso Impertinente del capítulo XXXIII de la 1ª parte: “*Es de vidrio la mujer; /pero no se ha de probar /si se puede o no quebrar, /porque todo podría ser. /Y es más fácil el quebrarse, /y no*

*es cordura ponerse /a peligro de romperse /lo que no puede soldarse. /Y en esta opinión están /todos, y en razón la fundo; /que si hay Dánaes en el mundo, /hay lluvias de oro también.*

En cualquier caso, estas estrofas resultan infinitamente menos agrias e hirientes que el concepto que tiene el cabrero de la mujer, expuesto en el Cap. LI de la 1ª parte: “*Yo sigo otro camino más fácil, y, a mi parecer, el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos e intenciones. Por eso a esta cabra, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero.*”

*El Quijote*, como no podía ser de otro modo, contiene asimismo destacables emociones amorosas. Incluso el propio hidalgo no se recata a la hora de describir a su amor, Dulcinea del Toboso, con vehemencia: “*¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y rescate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo!*” (Cap. XLIII. 1ª parte). O defendiendo la idea que de ella tiene, sin importarle la realidad: “*Yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en belleza como en la principalidad*” (Cap. XXV, 1ª parte)

Del mismo modo, encontramos dedicatorias al amor, sublimes en verdad. Creo que es difícil hallar una más honda emoción que cuando se expresa: “*Amor, cuando yo pienso /en el mal que me das, terrible y fuerte, /voy corriendo a la muerte, /pensando así acabar mi mal inmenso; /mas en llegando al paso /que es puerto en este mar de mi tormento, /tanta alegría siento, /que la vida se esfuerza, y no le paso. /Así el vivir me mata, /que la muerte me torna a dar la vida; /¡oh condición no oída /la que conmigo muerte y vida trata.*” (Cap. LXVIII, 2ª parte).

Resultan curiosas, y muy a propósito de cuanto aquí se dice, algunas referencias al buen seso (como diría Cervantes), sobremanera cuando se escribe en defensa de las artimañas usadas para lograr los fines amorosos, como podemos leer en el capítulo donde se describen las Bodas de Camacho (Cap. XX y XXI, 2ª parte): “...no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada.”

Pero, ¿es que Amor y Muerte (Eros y Tanatos) no han sido conceptos siempre unidos, cara y cruz de una misma moneda? En *El Quijote* tampoco podía faltar esta revelación. La leemos en la desesperación: “Yace aquí de un amador /el mísero cuerpo helado, /que fue pastor de ganado, /perdido por desamor. /Murió a manos del rigor /de una esquiva hermosa ingrata, /con quien su imperio dilata /la tiranía de Amor.” (Cap. XIV, 1ª parte). Como también se puede leer en el desgarró que contiene el Soneto a la Fábula de Piramo y Tisbe, conocido por todos, y que comienza: “El muro rompe la doncella hermosa /que de Piramo abrió el gallardo pecho; /parte el Amor de Chipre, y va derecho /a ver la quiebra estrecha y prodigiosa...” (Cap. XVIII, 2ª parte).

Casi nada humano queda fuera de la obra. Ni siquiera los temas eternos que acompañan al amor. Por eso los celos se personan a lo largo de la novela en variadas ocasiones. En verso y en prosa. En una ocasión, oyéndolos Don Quijote y Sancho en el cap. XXIII y ss. de la 1ª parte: ¿Quién menoscaba mis bienes? /Desdenes. /¿Y quién aumenta mis duelos? /Los celos. /¿Y quién prueba mi paciencia? /Ausencia. /De ese modo, en mi dolencia /ningún remedio se alcanza, /pues me matan la esperanza /desdenes, celos y ausencia. Y otras

veces en prosa, como cuando en la Venganza de la Hermosa Claudia se maldicen con furia las consecuencias de su daño: “*¡Oh fuerza rabiosa de los celos, a qué desesperado fin conducís a quien os da acogida en su pecho!*” (Cap. IX, 2ª parte)

Y es que, como se dice en el capítulo XLVI de la 2ª parte, “*Suelen las fuerzas de amor /sacar de quicio a las almas, /tomando por instrumento /la ociosidad descuidada.*”

Tampoco, para terminar, el pudor amoroso lo oculta Cervantes: “*No se abrazaron unos con otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura*”. (Cap. LXV. 2ª parte). Y, junto al pudor, expresa con tino Cervantes la sensatez de la mujer que es esposa y madre, en este caso explicada con muchos y buenos argumentos por la mujer de Sancho a la hora de hablar de las Convenientes Bodas de Mari Sancha, donde Teresa Panza convence a Sancho de que *debe casar a la hija con un igual, no pasarla de zuecos a chapines, de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanas de seda.* (Cap. V, 2ª parte).

Todo lo anterior es, en definitiva, unos pocos apuntes sobre lo sublime y lo mundano que, todos ellos, unidos a los demás valores de *El Quijote*, refuerzan la grandiosidad de una obra que perdurará eternamente y que, con estas palabras, sólo he pretendido incitar, si pudiese ser, a animar a quienes no lo han hecho a tomar en sus manos esta maravillosa novela y pasear los ojos por sus páginas.

Porque lo dicho por mí no es sino una minúscula e imperfecta aportación a estas jornadas conmemorativas de una celebración en la que los escritores no queríamos quedar al margen. La intención ha sido buena; la voluntad, inmejorable. Sólo queda, como en las demandas finales de las comedias lopescas, suplicar su perdón por mis muchos errores.

Muchas gracias.

*Antonio Gómez Rufo*